

VIGESIMOSEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
CICLO "A"

Primera lectura: *Jeremías* 20, 7-9

Salmo responsorial: *Salmo* 62

Segunda lectura: *Romanos* 12, 1-2

EVANGELIO

Mateo 16, 21-27

²¹Desde entonces empezó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén, padecer mucho a manos de los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día.

²²Entonces Pedro lo tomó aparte y empezó a increparlo:

-¡Líbrete Dios, Señor! ¡No te pasará a ti eso!

²³Jesús se volvió y dijo a Pedro:

-¡Vete! ¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres un tropiezo para mí, porque tu idea no es la de Dios, sino la de los hombres.

²⁴Entonces dijo a los discípulos:

-El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga. ²⁵Porque si uno quiere poner a salvo su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por causa mía, la pondrá al seguro. ²⁶Y luego, ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero a precio de su vida? ¿Y qué podrá dar para recobrarla? ²⁷Además, el Hijo del hombre va a venir entre sus ángeles con la gloria de su Padre, y entonces retribuirá a cada uno según su conducta.

COMENTARIOS

I

SOLO PARA AGUAFIESTAS

Nuestra espiritualidad cristiana está basada, en muchos casos, sobre malas interpretaciones de las palabras de Jesús. Y así nos luce el pelo a los católicos. El alejamiento de la Biblia, que ha practicado durante siglos la teología, ha tenido consecuencias desastrosas para el catolicismo.

Hoy, más que nunca, es necesario volver al auténtico Evangelio. A ese Evangelio al que la Teología burguesa unas veces ha quitado el aguijón, otras ha utilizado para consolidar intereses de clase, y muchas, con buena voluntad y mucha ignorancia de la lengua, mentalidad y costumbres orientales, ha interpretado exactamente en contra de lo que Jesús mismo quiso decir. Y éste último es el caso de una frase de Jesús que voy a comentar: "El que quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga". Veamos cómo se han interpretado estas palabras del Maestro.

A simple vista, la primera condición para ser cristiano -"negarse a sí mismo"- resulta extraña al hombre de hoy que tiene como meta de vida el placer. La sicología, con toda la influencia que recibe de Oriente, considera clave de la felicidad el polo opuesto: aceptarse a sí mismo. ¿Va Jesús en contra del deseo de felicidad y placer del hombre? Pienso que no.

Negarse a sí mismo es una expresión oriental que significa sencillamente "vivir de cara a los demás, vivir para los otros, no ser egoísta". Pero ¿cómo ha interpretado la Teología espiritual esta frase? Por "negarse a sí mismo" ha entendido fundamentalmente refrenar, reprimir, moderar el cuerpo con sus bajos instintos, ocasión de pecado, casi siempre contra el sexto mandamiento. El cuerpo ha tenido en la moral católica de siglos una coloración negativa y pecaminosa. No en vano para los moralistas, clérigos y frailes, el cuerpo, como fuente de placer y felicidad, era terreno vedado. Predicando esta espiritualidad hemos sentado las bases para devaluar todo lo visible, lo corporal, lo material y placentero, en especial el sexo, y afirmar lo espiritual, el alma, y con ella todo lo que no se ve ni se sabe si existe. ¡Cuántas neurosis habrá provocado esta interpretación del Evangelio en los creyentes sinceros...!

La segunda condición para ser cristiano es "cargar con la cruz". Y también aquí la Teología ha desvariado. Donde Jesús dice "cargar" ha leído "buscar la cruz", sacrificarse, resignarse con los contratiempos de la vida. La cruz, la provocativa cruz de Jesús, se ha convertido en un objeto amable que hay que buscar, fuente de resignación y alienación hasta el punto de hacer del cristianismo "la Religión de la Cruz". Jesús, en cambio, aconseja cargar con ella cuando la coloquen sobre nuestros hombros quienes, al vernos vivir de cara a los demás, nos traten de tontos y se rían de nosotros, intentando acabar con nuestro estilo de vida.

Negarse a sí mismo y cargar con la cruz es necesario para seguir" a Jesús. Y donde dice el Evangelio "seguir" decían los directores espirituales "imitar, ser como Jesús". Al proponerse un modelo tan alto, el creyente experimentaba a diario el fracaso. Era imposible ser como el Maestro. Pero Jesús no dice que lo imitemos, sino que lo sigamos. Que cada uno encuentre su modo de ser y vivir de cara a los demás y así lo siga hasta la muerte, con la convicción, basada en la fe, de que el final no es la cruz, sino la resurrección, la vida, la alegría definitiva.

Al hacer del cristianismo la Religión de la cruz, entendida como término y no como tránsito, hemos hecho de él una religión para gente triste, recelosa y masoquista. Una religión para los aguafiestas de la vida.

II

HAY QUE JUGARSE LA VIDA

No es literatura; ni romanticismo barato. Por el evangelio hay que estar dispuestos a jugarse la vida. Después de haber celebrado casi dos mil veces el Viernes Santo, no debería ser necesario decirlo. No basta con recordar la vida, pasión y muerte de Jesús; hay que cargar con la cruz y seguirlo.

LA CRUZ... DE LA MONEDA

Después de la confesión de Pedro, Jesús se pone a explicar a sus discípulos cuáles son las consecuencias prácticas que va a tener el que él sea un mesías muy distinto a lo que se decía en las enseñanzas oficiales: «Desde entonces empezó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén, padecer mucho a manos de los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día».

Jesús no anuncia un fracaso ni un éxito pasajero: el final que Jesús anuncia es la vida definitiva, la victoria sobre la muerte; eso estaba ya incluido en la afirmación de Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Pero ante la dureza del camino, Pedro pierde de vista la meta; y si su intervención anterior fue absolutamente positiva, ahora pierde los papeles y muestra el otro lado, la cruz... de la moneda. El no puede consentir que Jesús acabe de esa manera: en conflicto con los máximos dirigentes del pueblo, los miembros del Gran Consejo, la aristocracia económica (senadores), la jerarquía religiosa (sumos sacerdotes) y la crema de la intelectualidad (letrados)...; detenido, juzgado, ejecutado... Pero ¿habría perdido Jesús la cabeza? Y lo coge aparte, se separa del resto de la comunidad y... ¡menuda regañina! « ¡Líbrete Dios, Señor! ¡No te pasará a ti eso!»

La dureza de la reacción de Jesús muestra hasta qué punto había sido profunda la metedura de pata de Pedro: «¡Vete! ¡Quítate de enmedio, Satanás! Eres un tropiezo para mí, porque tu idea no es la de Dios, sino la humana». Exactamente lo contrario de lo que le acababa de decir (véase comentario del domingo pasado). La pretensión de Pedro equivale a las tentaciones del desierto: él, aunque lo hace para evitar su muerte, intenta desviar a Jesús de su camino (Mt 4,1-11); por eso Jesús lo rechaza con las mismas palabras con que despidió al diablo en aquella ocasión.

La muerte de Jesús es inevitable. Y no porque Dios lo haya dispuesto así (véase el comentario al evangelio del Domingo de Ramos), sino como consecuencia del choque que se produce entre la fidelidad de Jesús a su compromiso de servicio y de amor, y la obcecación de los dirigentes. Y Pedro, al oponerse, está intentando quebrar la fidelidad de Jesús. Muy al contrario, lo que él debe hacer es seguir las huellas de su maestro.

CON LA CRUZ A CUESTAS

A continuación, Jesús se dirige a los discípulos y les dice que «el que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga».

No dice Jesús nada nuevo: se limita a recordar lo que ya había dicho en las bienaventuranzas (Mt 5,1-12).

Renegar de sí mismo significa colocar en un segundo plano los propios intereses, renunciar al éxito y al triunfo, tal y como se entienden en nuestro mundo; renunciar, naturalmente, al deseo de hacerse rico: es la primera bienaventuranza.

Cargar con la cruz equivale a la última, en la que Jesús promete la felicidad a *quienes son perseguidos por su fidelidad*: Jesús no está, por tanto, predicando la resignación ante los sufrimientos que nos pueda traer el vivir cotidiano. La cruz que hay que coger es la misma que llevó Jesús. El no se calló ante la injusticia, no se resignó ante el dolor humano. No. Y por eso lo mataron: por lo que habló, por su lucha constante en favor de la felicidad de los pobres, los enfermos, los marginados, los desgraciados... y de todos los que quisieran aceptar su servicio. Esa fue su cruz; y ésta es la cruz que está esperando a sus seguidores.

Ni Jesús buscó el sufrimiento ni quiere que lo busquemos nosotros; pero lo que él no hizo, y no quiere que nosotros lo hagamos, es huir asustados cuando nuestra actividad en favor del evangelio se vea atacada por letrados, sumos sacerdotes o senadores. Jesús no nos invita a sufrir, sino a amar. Que mantengamos la fidelidad en el amor es lo que nos pide, aunque nos pueda acarrear la persecución de quienes viven mejor -eso creen ellos, y así es si vivir mejor es tener más privilegios- en un mundo injusto e insolidario que en un mundo de hermanos.

DESPUÉS DE LA CRUZ

Jesús, ya lo veíamos, anuncia su resurrección. Y lo mismo que nos invita a acompañarlo en el camino, que puede pasar por la persecución y muerte también en nuestro caso, nos promete que estaremos asociados a él también en el triunfo: «Porque si uno quiere poner a salvo su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por causa mía, la pondrá al seguro». No es un trabalenguas, ni una adivinanza: es un compromiso. El que esté dispuesto a jugarse la vida, sabe que acabará ganando. Jesús recorrerá con él el camino que ya recorrió una vez, y al final «el Hombre va a venir entre sus ángeles con la gloria de su Padre, y entonces retribuirá a cada uno según su conducta».

Pero, además de tener asegurada la vida para siempre, Jesús da una razón más. No vale la pena gastar la vida en conseguir el mundo: «¿De qué sirve a un hombre ganar el mundo entero a precio de su vida?» La vida vale mucho más que todas las riquezas del mundo. «Renegar a sí mismo», «elegir ser pobre» no es renunciar a la vida, es aprovecharla mucho mejor, es dedicarla al amor, es gastarla en la conquista de la felicidad, la más profunda, la más extensa, la que nace de la experiencia del amor compartido.

La cara de la moneda puede estar no sólo después de la cruz, sino también antes; ése es el sentido de la promesa de las bienaventuranzas: «Seréis dichosos». ¿Vale la pena gastar la vida en otra cosa?

III

v. 21. Comienza una nueva sección del evangelio. La frase «desde entonces empezó Jesús» calca la usada en 4,17. Allí comenzaba la enseñanza en Galilea; ahora comienza a mostrar a sus discípulos la inevitabilidad de su muerte, que será consecuencia lógica de su actividad y de su toma de posición contra la ideología del poder. Al contrario que Mc (8,31), Mt no emplea la denominación «el Hombre» ni el verbo «enseñar». El término «el Hombre» es extensivo; aunque designa primordialmente a Jesús, se aplica en su medida a los que lo siguen y de él reciben el Espíritu. Al omitirlo, Mt indica que Jesús informa a sus discípulos sobre su destino personal; de ahí el cambio del verbo «enseñar» por «mostrar/manifestar». También se debe a ello la precisión de «ir a Jerusalén», que coloca el episodio en un marco histórico y temporal concreto.

El Gran Consejo, representante de todas las clases dirigentes, poder del dinero, líderes religiosos e intelectuales, va a pasar a la acción contra Jesús. El destino de éste está señalado por la muerte; ésta va a ser la última palabra de los dirigentes, su intento de destruir al Hombre, y la pronunciarán en nombre de Dios, de «su» dios. Pero Dios mismo la desautorizará resucitando a Jesús, dándole de este modo la razón a él, no a «sus representantes». Con la resurrección, Dios va a refrendar la palabra y la actividad de Jesús, poniéndose en contra de quienes lo han condenado.

El verbo «tenía que» (gr. *dei*) indica una necesidad que entra dentro del designio divino. Este consiste en que Jesús salve a su pueblo (1,21) aun a costa de su vida misma. No es que Dios quiera y haya decidido la muerte de Jesús, sino que ésta es inevitable dada la oposición de los dirigentes al mesianismo que él encarna. Jesús Mesías, cuya misión consiste en liberar de la opresión religioso-política (éxodo) ejercida sobre Israel por las instituciones y sus representantes, tiene necesariamente que sufrir la oposición implacable de esas autoridades, que lo condenarán a muerte.

«Al tercer día» era fórmula consagrada para indicar un breve espacio de tiempo. Puede hacer alusión también a la teofanía y a Os 6,2: «al tercer día nos resucitará».

v. 22. Pedro está en completo desacuerdo con lo expuesto por Jesús. Ha expresado la fe auténtica, pero no acepta la praxis que se deriva de ella. Llevándose aparte a Jesús, lo increpa. El verbo es fortísimo, puesto que lo usa Jesús con los demonios (17,18) o elementos demoniacos (8,26). En general, el uso del verbo indica que el destinatario del reproche se opone al plan de Dios o podría hacerlo si no hiciese lo que se le dice. Pedro, por tanto, considera que el destino expuesto por Jesús es

contrario al designio divino. Como lo expresan sus palabras, se opone a que Jesús muera.

v. 23. La respuesta de Jesús manifiesta el colmo de la indignación. Pedro encarna a Satanás, es decir, sus palabras concretan la tercera tentación del desierto (4,10). En el encuentro con sus enemigos, Pedro lo tienta a que sea un Mesías poderoso y vencedor.

Jesús lo rechaza con el mismo Imperativo con que rechazó a Satanás: «¡Vete!»; la segunda parte: «¡Quítate de en medio!», se refiere a Pedro como obstáculo que impide su camino.

Explica Jesús por qué Pedro es obstáculo: «tu idea no es la de Dios, sino la de los hombres». «Tu idea», gr. *phroneis*, «piensas, tienes un modo de pensar». «La idea de Dios» es la expresada por la voz del cielo en el bautismo de Jesús, donde el Mesías aparece como el Hijo de Dios cuyo propósito de cumplir su misión hasta Ja muerte es aceptado por el Padre y que asume así los rasgos del siervo de Dios (cf. 3,17); son los elementos que constituyen «los secretos del reinado de Dios» (13,11).

«Los hombres» son los mencionados en 16,13, los que no descubren el mesianismo de Jesús. Pedro ha comprendido el mesianismo, como lo ha mostrado en su brillante profesión de fe (16,16), pero no acepta sus consecuencias. La fe que profesa queda en el intelecto, no se hace praxis. Su caso es más grave que si no hubiera entendido (cf. 7,21.26) Encarnando «al diablo» (4 3 6) reconoce que Jesús es el Hijo de Dios pero pretende encauzar su mesianismo hacia el poder y el triunfo

La oposición de Pedro continuara así lo indica el paralelo entre «empezó Jesús a manifestar» (21) y «empezó (Pedro) a increparlo» (22). La oposición culminara en las negaciones (26 29 75)

v. 24. Jesús se dirige a los discípulos para exponerles las condiciones del seguimiento. «Venirse conmigo» indica el acto de adhesión inicial (aoristo) que luego continuará en el seguimiento (presente). Las condiciones que va a exponer Jesús muestran que el destino del discípulo es el mismo del Mesías. Son dos esas condiciones: «renegar de sí mismo» y «cargar con la propia cruz». «Renegar de sí mismo» significa renunciar a toda ambición personal y es una nueva formulación de la primera bienaventuranza, «elegir ser pobre»; «cargar con la propia cruz» significa aceptar ser perseguido y aun condenado a muerte por la sociedad establecida, y equivale a la última bienaventuranza: «los que viven perseguidos por su fidelidad». Cumplir estas dos bienaventuranzas constituye la esencia del discípulo; son los «mandamientos mínimos» que ningún discípulo puede dejar de cumplir (5,19).

vv. 25-27. Nótese la estructura del pasaje. Jesús expone las dos condiciones para seguirlo. A continuación propone tres argumentos, probando con ellos que sus condiciones, aparentemente tan duras, son las únicas sensatas.

IV

La liturgia de hoy centra la atención sobre las consecuencias dolorosas del ministerio profético y del seguimiento de Jesús. Tanto Jeremías como Mateo llaman la atención sobre el conflicto que tienen que afrontar tanto el profeta como Jesús.

La experiencia del exilio marcó la vida del pueblo de Israel. Fue un momento muy doloroso que le exigió replantear su fe en el Dios de la Alianza. En este marco histórico se ubica el Profeta Jeremías.

Este pasaje pone de relieve el clamor del profeta porque Dios le ha seducido y le ha forzado, ha sido objeto de burla de todos y la palabra ha sido motivo de dolor y desprecio. Por eso el profeta ha querido desentenderse de la misión pero la Palabra ha sido más fuerte y, prácticamente, lo ha vencido.

La mayoría de los profetas bíblicos han sufrido experiencias similares a las de Jeremías. Son rechazados por sus propios hermanos y por las autoridades correspondientes. Muchos de ellos tuvieron que sufrir la muerte o el destierro. Pero pudo más la fidelidad a Dios y a su Pueblo que su propia seguridad y bienestar. La Palabra de Dios actúa en el profeta como un fuego abrasador que no lo deja tranquilo y lo mantiene siempre alerta en el cumplimiento de su misión.

La segunda lectura de la carta de Pablo a los cristianos de Roma utiliza un lenguaje imperativo. Estos versículos sirven de enlace entre la parte anterior de orden más indicativo. El lenguaje es exhortativo. Les habla no sólo como hermano en la fe sino con la autoridad del Apóstol. Les invita a hacer de su cuerpo una ofrenda permanente a Dios. El verdadero culto no es el que se reduce a ritos externos sino el que procede de una vida recta y diáfana. El cuerpo, vehículo de la vida interior, debe ser un canto de alabanza y gratitud a Dios. En esto consiste la conversión para Pablo: en una vida totalmente transformada por el Espíritu de Dios, en el cambio de mentalidad, de valores, de horizonte. Sólo así se podrán tener los criterios de discernimiento para buscar, encontrar y realizar la voluntad de Dios.

En el evangelio nos encontramos con un bello esquema catequético «sobre el discipulado como seguimiento de Jesús hasta la cruz». Jesús pone de manifiesto a sus discípulos que el camino de la resurrección está estrechamente vinculado a la experiencia

dolorosa de la cruz. El núcleo principal es el primer anuncio de la pasión. Pero aun los discípulos, simbolizados en la persona de Pedro, no han comprendido esta realidad. Ellos están convencidos del mesianismo glorioso de Jesús que se enmarca dentro de las expectativas mesiánicas del momento. Jesús rechaza enfáticamente esta propuesta, pues la voluntad del Padre no coincide con la expectativa de Pedro y los discípulos. Por eso Pedro aparece como instrumento de Satanás delante de Jesús para obstaculizar su misión.

El maestro invita al discípulo a continuar su camino detrás de él porque aún no ha alcanzado la madurez del discípulo. Luego Jesús se dirige a todos los discípulos para señalarles que el camino del seguimiento por parte del discípulo también comporta la cruz. No hay verdadero discipulado si no se asume el mismo camino del Maestro. El anuncio del evangelio trae consigo persecución y sufrimiento. Tomar la cruz significa participar en la muerte y resurrección de Jesús. La pérdida de la vida por la Causa de Jesús habilita al discípulo para alcanzarla en plenitud junto a Dios.

En el Bautismo hemos sido consagrados sacerdotes profetas y reyes. Por lo tanto la dimensión profética de nuestra fe es intrínseca a la consagración bautismal. Hoy no podemos prescindir del profetismo en el seguimiento de Jesús. Y sabemos que las consecuencias del profetismo, vinculado estrechamente a la misión evangelizadora, son la oposición, la persecución, el rechazo y el martirio. Muchos hombres y mujeres en distintas partes del mundo se han jugado la vida por la fe y la defensa de los valores evangélicos. Si se quiere seguir a Jesús en fidelidad tendremos que enfrentar muchas contradicciones, caminar a contravía de lo que propone el orden establecido, la cultura imperante y la globalización del mercado -que no es otra cosa que la globalización de la exclusión-.

Quisiéramos vivir un cristianismo cómodo, sin sobresaltos, sin conflictos. Pero Jesús es claro es su invitación: hay que tomar la cruz, hay que arriesgar la vida, hay que perder los privilegios y seguridades que nos ofrece la sociedad si queremos ser fieles al evangelio. ¿Cómo vivimos en la familia y en la comunidad cristiana la dimensión profética de nuestro bautismo? ¿Estamos dispuestos/as a correr los riesgos que implica el seguimiento de Jesús? ¿Conocemos personas que han vivido la experiencia del martirio por el evangelio? ¿Ya no es tiempo para mártires, o lo es para mártires de otra manera?

Para la revisión de vida

El papel que representó Pedro, tratando de disuadir a Jesús de seguir su camino por temor a la cruz que se venía encima, lo juegan en nuestra vida otras personas, o a veces nosotros mismos... ¿Quién lo juega en nuestra vida personal?

Y la decisión que tomó Jesús, que fue la de desestimar las palabras de Pedro y seguir con firmeza el propio camino, nos toca a nosotros tomarla. ¿En qué situaciones, o respecto a qué desafíos hemos de tomar con firmeza la decisión de Jesús?

Para la reunión de grupo

En la primera lectura Jeremías se desahoga ante Dios; él denuncia lo que siente en su corazón que Dios le pide denunciar, y eso hace que sus coetáneos estén hartos de él y lo acechen. Jeremías está cansado de esa situación; siente la añoranza de ser una persona “normal” y llevar una vida “privada” y dejarse de las complicaciones del ministerio profético. Pregunta: ¿todo esto es una situación propia de Jeremías, o es la situación propia y normal de todo profeta? ¿Por qué?

Literariamente, los «anuncios de la pasión» –uno de los cuales leemos hoy- son “postpascuales”, elaborados después de la resurrección. En la vida real de Jesús no hizo falta ninguna capacidad profética o intuitiva para «anunciar» lo que se venía encima, que era evidente... El significado de estos anuncios postpascuales no es resaltar la profecía de Jesús, sino su coraje para afrontar su camino sin miedo a los malos presagios. Comentar esta diversidad de acento en la interpretación de los textos.

«El que quiera salvar su vida la perderá...». Es la famosa «paradoja» evangélica. «Paradoja» es una figura literaria construida por una oposición o contradicción aparente, que en la realidad no es tal contradicción. Desprenderse de sí mismo, amar, «perder la vida» (en un sentido) es la forma «ganarla»... Comentar.

Para la oración de los fieles

Para que guíe a la Iglesia en su misión de anunciar la Buena Noticia a todos los pueblos. Oremos.

Para que sostenga a las comunidades y a las personas perseguidas por su defensa de los derechos de los pobres y los excluidos. Oremos.

Para que dé ilusión a los abatidos, esperanza a los que han experimentado el fracaso y ánimo a los defraudados de la vida. Oremos.

Para que los gobernantes busquen el bien de los pueblos, la justicia y la paz universales por encima de sus intereses partidistas. Oremos.

Para que nuestra esperanza en la resurrección sea siempre más fuerte que nuestro miedo a la muerte. Oremos.

Para que tengamos siempre presente que sólo «gana la vida» quien «la gasta» en el servicio al prójimo. Oremos.

Para que las religiones del mundo reflexionen sobre el significado de la existencia de las demás religiones, y todas se preparen a un acercamiento y mutua colaboración para construir y salvaguardar la paz del mundo. Oremos

Oración comunitaria

Oh Dios, Amor eterno, que has engendrado a todos los seres y los envuelves en tu ternura materna. Acrecienta en nosotros una actitud de confianza radical en la bondad de la Vida y de la Existencia, para que seamos también creadores de Vida por Amor. Que vives y reinas, y amas y llamas al Amor, por los siglos de los siglos.

Dios, Padre nuestro, llena nuestros corazones de amor a tu voluntad y de una confianza plena en Ti, para que así seamos valientes testigos de la Buena Noticia del Reino en el mundo, como discípulos de tu Hijo no sólo de palabra sino con las obras. Por Jesucristo.

Los comentarios que se adjuntan se toman de diversos libros, editados por Ediciones El Almendro de Córdoba, a saber:

- Jesús Peláez: *La otra lectura de los Evangelios*, I y II. Ediciones El Almendro, Córdoba.
- Rafael García Avilés: *Llamados a ser libres. No la ley, sino el hombre*. Ciclo A,B,C. Ediciones El Almendro, Córdoba.
- Juan Mateos y Fernando Camacho: *Marcos. Texto y comentario*. Ediciones El Almendro.
 - *Juan. Texto y comentario*. Ediciones El Almendro. Más información sobre estos libros en www.elalmendro.org
 - *El evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ediciones Cristiandad, Madrid.

Acompaña siempre otro comentario tomado de la Confederación Internacional Claretiana de Latinoamérica: *Diario bíblico*
www.koinonia.org